

—José, exclamó Berta conmovida, tienes buen corazón, y eso vale más que nada; los buenos sentimientos son la riqueza mayor que el alma puede atesorar.

Y pensó con amargura que á ella no le había tocado tan buena suerte como á su amiga, pues había sido engañada por un hombre de aspecto seductor, pero de corazón perverso. ¿De qué le servía á ella tener sana la vista ó para qué estorbaba á Virginia la ceguera, si los ojos sanos no descubrían la impostura, y los apagados y sin luz hallaban el camino de la felicidad?

XII

Primeros Preludios

Joaquín y Berta conservaron grata impresión de la plática que acababan de tener. Aquél había podido por la vez primera de su vida, hablar con alguna libertad delante de ella, sin sentirse cohibido ni subyugado por su presencia, como le había pasado siempre; por lo que estaba satisfecho de sí mismo, no ocultándosele el buen efecto que sus descripciones y la ardorosa emoción de su voz habían producido en el ánimo de su amada. Una esperanza confusa comenzaba á delinearse

en los limbos de su conciencia. ¿Por qué? Acaso no tenía base sólida en qué fundarla. Carecía de plan fijo para lo porvenir, y no se proponía cosa alguna determinada; se contentaba por lo pronto, con la satisfacción de haber visto, oído y tenido cerca de sí por un instante á la huérfana, pendiente de sus labios, pues no recordaba haber pasado, desde la infancia, otra hora tan dichosa como aquella. Con la doble vista propia de los enamorados, había adivinado, ó mejor dicho, sentido, que la disposición de Berta para él era más benévola que antes, y que ya no le miraba con desdén, ni huía de él, ni procuraba abreviar los diálogos que ambos tenían. Y era que, pasada, después de largo tiempo y muchas lágrimas, la crisis dolorosa, había parecido á la huérfana que volvía en sí de una prolongada alucinación, y había acabado por comprender que por su posición humilde y desdichada, sus amores con Julio habían sido un delirio, del cual debía prescindir para siempre. Durante aquel período de lucha é incertidumbre, había pedido consejo á las personas de su cariño y confianza, y entre otras, á doña Dorotea, quien, después de reflexionarlo maduramente, había aprobado su decisión. Lo mismo había hecho sor Ignacia. Ambas convenían en que había que defender la dignidad antes que todo, y en que los po-

bres deben velar por ella más que los ricos. Fuerte con aquellos consejos y propósitos, se dirigió á Grimm por escrito en carta seca y breve, diciéndole que, después de haber examinado su conciencia con detención, se había persuadido de que no le quería; y que, por lo tanto, todo quedaba concluído entre ellos. Por el mismo correo, le devolvió, además, las cartas y flores que de él había recibido, sin reservarse cosa alguna, ni un papel, ni una cinta, ni el pétalo de una flor. Por fortuna había podido echar mano de aquel medio de ruptura rápido y concluyente, por no haber llegado á corresponder el amor de Julio de un modo claro y resuelto; pues, aunque era verdad que sus ojos y sonrisas, y los pequeños favores que le había dispensado, habrían hecho pensar á todos, incluso á él mismo, que ella le amaba, las cosas no habían pasado de aquel estado, y le permitían todavía tomar el camino que mejor cuadraba á su voluntad. Confío, pues, al correo, la esquila de rompimiento y el paquete que contenía las "cosas" de Grimm, procurando que ni su mano temblase al escribir, ni quedase manchado el papel con las lágrimas que corrieron de sus ojos al dictar la suicida sentencia; y una vez hecho eso, se encerró en su resolución como en torre inexpugnable, decidida á no prestar oído ni atención á ru-

mores ó esfuerzos (incluyendo sus propios suspiros), que tendiesen á hacerla flaquear, y procurando borrar de su corazón la imagen del ingrato, de la memoria su recuerdo, y del alma todo pensamiento que le evocase. Y como suelen las almas buenas alejar de la mente los incentivos del pecado y los fantasmas que encienden el fuego de las pasiones, procuró rechazar toda divagación interior, todo traidor sollozo que la llevasen á tan triste pasado; y cada vez que pensaba en Grimm, hacia la señal de la cruz como si mirase la sombra del príncipe de las tinieblas.

Sor Ignacia le ayudó á llevar á cabo el intento, alentándola con sus exhortaciones, y manteniendo cerrada para ella toda comunicación con el exterior, á cuyo fin fué convenido que Berta no saliese del Hóspicio durante largo tiempo.

Hízose de pronto el silencio en derredor de Berta, por lo mucho que tardó su carta en llegar á Colima; mas comenzaron después á llover las esquelas de Grimm, si bien la superiora tuvo buen cuidado de interceptarlas y devolverlas intactas á su punto de partida. Pero Julio no se daba por vencido, y al encontrar cerrada la puerta más directa, procuró forzar otras, y aun llegó á escribir á la misma sor Ignacia, rogándole abogase en su favor, asegurándole que amaba á Berta con delirio y pidiéndole con vivas

instancias, permitiese que sus cartas llegasen á manos de su amada y fuesen leídas por ella. Mas la superiora le contestó que, en tratándose de asuntos de aquella naturaleza, deseaba permanecer neutral, porque juzgaba que tal era su deber, tanto más cuanto que, siendo la huérfana discretísima, y habiendo pasado ya de los veinte años, poseía el juicio suficiente para resolver por sí misma lo que mejor pudiese convenirle. Agregó también que la joven se negaba rotundamente á aceptar sus ofertas, y que, por lo mismo, continuarían siendo devueltas las cartas que llegasen al Hospicio. A esa contestación tan categórica, siguieron nuevas instancias de Grimm; pero todas inútiles. Y como desgraciadamente para el joven, no le fué posible desprenderse de Colima en el acto, por la tiranía de los negocios, la crisis siguió echando raíces y fueron robusteciéndose poco á poco los hechos consumados, como pasa siempre, cuando los males no deben tener remedio; pues si Julio hubiese volado luego á Fópoli y violentado las puertas del Hospicio, quizás habría podido poner en claro la cábala urdida por Consuelo y conquistar el terreno perdido en el corazón de su amada. Entretanto, razonaba Berta de esta manera:

—Soy expósita, no se sabe quiénes son mis padres, y aunque se cree que mi fa-

milia sea buena y decente, bien puede ser otra cosa. Aun suponiendo que los que me dieron el ser tuviesen buena posición social, tal circunstancia no mejoraría mi destino, pues no soy, de hecho, más que una huérfana que vive de la caridad pública. Siendo, pues, tan menguada mi suerte, mis pretensiones á enlazarme con un hombre de mérito y posición, han sido necias y risibles. He hecho muy mal al considerarme superior á mis hermanos de infortunio, pues no hay diferencia alguna entre ellos y yo: ellos y yo somos iguales. Nunca podrán pretenderme de buena fe los jóvenes ricos, porque ellos buscan novias y esposas en el círculo á que pertenecen, y deben verme como su inferior, y con lástima, cuando no con humillantes y torpes deseos, de esos que encienden el rostro de rubor y despiertan la ira del alma. Los jóvenes "decentes" suelen no tener más que esas intenciones respecto de las muchachas pobres. La lección que acabo de recibir debe ponerme en guardia contra tales peligros; mi deber es conformarme con la suerte que Dios me ha deparado, encerrarme dentro del medio en que me he criado y resignarme á vivir con mis iguales. Debo dirigir mi vida y buscar mi porvenir dentro del mundo que me rodea, y del cual no puedo ni debo salir.... Es triste renunciar á ilusiones hermosas, á

aspiraciones, halagadoras y á dichas soñadas; mas, sería peor echarme en brazos de ilusiones traidoras y peligrosas. ¡Seré digna y honrada, aunque me cueste mares de llanto y hasta la vida!

Así, la misma serena razón, el mismo luminoso y recto criterio que Dios había dado á la joven, habían servido para completar la obra de una rival astuta: pues si Berta no hubiese sido tan juiciosa ni reflexiva como lo era, se habría encerrado menos en su fatalismo, y algo hubiera encomendado al arrojo, obligando tal vez al destino á modificar sus dolorosas sentencias. Mas siendo como era, el mal no tenía remedio. Hondamente penetrada de aquellas razones, había acabado por entrar en calma dolorosa, en sumisa resignación. Aun solía llorar, mal de su grado, cuando quedaba á solas: aun solía recordar sollozando las escenas de un ayer venturoso, y mágicas palabras é imágenes deslumbradoras, solían cruzar todavía por su mente; pero con firme voluntad iba borrando del espíritu y el corazón los rastros de aquellas auroras y las blancas estelas de aquellos astros, que habían surcado con vuelo efímero el cielo de su existencia.

Mantuvo reservados don Teodomiro los ensayos de las piezas compuestas por Joaquín durante su ausencia, haciendo

estudiar por separado sus partes á los músicos y obligándolos después á armonizarlas por grupos parciales, que no pudiesen dar idea de la obra; y cuando fué tiempo de proceder al ensayo general, se llevó á casa toda la banda, y en el destartado patio de su pobre morada, dió la última mano á aquel artístico empeño. Concluidos los trabajos de preparación, se presentó solemnemente á sor Ignacia, diciéndole quería darle, á conocer algunas composiciones originales de su discípulo Joaquín Sandoval.

—No las califico, madre, dijo el “maestro de Capilla,” porque va usted á oírlas y tendrá “ocaseón” de apreciarlas en su justo valor; á mi juicio son “escelentes.” ¿Dónde y cuándo quiere usted que tenga lugar el estreno?

—El jueves que usted elija, por ser día señalado para recreo en esta casa. En cuanto al lugar, será el patio del departamento de pobres, dijo la superiora, tanto por ser el más extenso de todos, como para llevar esa fiesta á los infelices.

—“Perietamente,” repuso Gómez y Pérez; en tal caso darémos la “audicéon” el “prósimo” jueves.

Diáfana, serena y tranquila fué la tarde en que se realizó el gran acontecimiento. Los hospicianos que formaban la banda, vistieron con tal ocasión sus trajes de gala, y se veían muy elegantes con sus uni-

formes de color azul y blanco y sus kepis rematados al frente por un rígido airon de blancas crines. Don Teodomiro se echó encima las mejores prendas de su guardarropa, y aun entregó la cabeza al barbero para que cortase y arreglase su barba y cabellera; y como sor Ignacia estaba deseosa de dar mayor realce al estreno y acrecentar la fama del Hospicio, invitó á numerosas personas de fuera para que honrasen el acto con su presencia. Así fué que elegantes damas y caballeros acudieron puntuales á la cita, y muy bello aspecto presentaba el patio, henchido de público selecto. Pronto quedaron ocupados los asientos preparados en hiléras circulares para recibir á la concurrencia, y ésta se vió obligada á dispersarse por el vasto local, y acomodarse como fué pudiendo, debajo de los arcos, en los claros de las puertas y aun trepando al alféizar de las ventanas.

Los atriles colocados cerca de la fuente, sirvieron de punto céntrico á la reunión.

Berta figuraba en buen lugar al lado de las religiosas. Sus aficiones artísticas y su afecto fraternal hacia Joaquín, por más tibio que fuese, le hacian sentir vivo interés en favor del joven, y sincero deseo de que tuviese buen éxito aquel ensayo. Sandoval formaba parte del grupo de músicos, y estaba visiblemente pálido. Aun-

que sabía que sus composiciones eran eco de emociones hondamente sentidas, abrigaba temores respecto á la exactitud y al arte con que hubiese sabido traducir al papel sus propias impresiones. Un fracaso le hubiera sido doloroso en cualquier circunstancia, pero más, mucho más en aquélla, tanto por la muchedumbre que se hallaba presente y se mostraba impaciente por oírle, como por sentir cerca de sí á su adorada Berta, ante cuyos ojos deseaba crecer y trasfigurarse. Por fortuna sentia alguna confianza en sus propias fuerzas, y una voz secreta le auguraba un éxito venturoso. Cuando acabaron de llegar los invitados y fueron invadidos todos los sitios disponibles, incluso las amplias azoteas que circundaban el vasto cuadrilátero, se reunieron los músicos en torno de don Teodomiro, y éste, erguido en medio de ellos y blandiendo la batuta, habló en la forma siguiente:

—Señoras y señores: la pieza que van ustedes á oír, se llama "El Océano." Es un himno compuesto por mi aventajado discípulo Joaquín Sandoval, que presente está, hijo de este plantel y de poco más de veinte años de edad. La composición expresa las "impreseones" del autor á la vista del Pacífico.

Se hizo luego el silencio; callaron las conversaciones, murmullos y cuchicheos, y las miradas de los espectadores se fija-

ron en la banda. Don Teodomiro dió la señal y se produjo en el acto una explosión magnífica de notas. Era un tema opulento, en cuyo fondo se destacaba un canto grandioso, acompañado y realzado por una armonía rica y bien combinada. Los circustantes entraron desde luego en el pensamiento de la composición y estuvieron como en suspenso desde el primero hasta el último de sus pasajes; pero nadie siguió con mayor atención su desarrollo, que nuestra amiga Berta. Su naturaleza eminentemente impresionable y la preparación artística que había recibido desde la infancia, la predisponían para comprender, penetrar y sentir mejor que ninguno otro, las bellezas de la partitura. Desde que sonaron las primeras armonías, salió, por decirlo así, del medio donde se hallaba, y bajo la impresión de los mágicos acordes que bogaban por los aires, se sintió como transportada por el espacio, y como flotando sobre las aguas del mar, cuya extensión ilimitada veía y sobre la cual resbalaba sin hallar playa ni ribera. Luego le pareció percibir en remota lontananza, un débil rayo de luz hacia el cual volaba, y á medida que iba avanzando, la claridad del horizonte iba creciendo y el piélagó iba perdiendo también sus tintas sombrías y tiñéndose de matices claros y sonrosados. Frescas y suaves brisas le

acariciaban la frente, sacudían su cabellera y le llenaban el pecho de inmensa delicia, mientras la claridad del confin iba adquiriendo mayor expansión, hasta trocarse, de pequeño rasgo blanquecino, en viva incandescencia, reverberación poderosa, y cegadora explosión de ráfagas igneas. La sublimidad de aquella fiesta de colores, se reproducía en el mar, que chispeaba también con centelleos de regia pedrería y explosiones de enormes hogueras. A la vez entró el piélagó en movimiento, y siguió creciendo en inquietud, hasta que acabó por mecerse todo entero, y formar olas y arrugas como serranías y cordilleras, en tanto que el sol, apareciendo sobre su lejana curvatura, teñía con sus rayos de oro las crestas movedizas y cristalinas. La música prorrumpió entonces en armonías tan magníficas, como el orto del sol sobre las aguas.

Al expirar la última nota, no hubo más que un impulso y una voz en el auditorio para aplaudir á Joaquín, mientras éste, profundamente emocionado y con lágrimas en los ojos, hacía cuanto le era dable por manifestar su gratitud con mímica poco airosa.

Sor Ignacia no se contentó con la expresión lejana de su aprobación, sino que hizo señas al joven para que se le acercase.

—¡Chiquillo! le dijo, estoy admirada de tí. ¿De veras, es tuya la música? ¿No la copiaste de ningún libro?

Don Teodomiro, que acompañaba á Joaquín, se apresuró á protestar indignado:

—El Himno, dijo, no tiene una sola nota ajena; lo aseguro á usted á fe de caballero.

—Lo creo, repuso sonriendo sor Ignacia. Y continuó dirigiéndose al maestro: ¿No le parece admirable lo que ha hecho este muchacho?

—¡Por supuesto! repuso el maestro; en toda la "extenseón" de la palabra.

—¡Que Dios te bendiga! prosiguió sor Ignacia, dirigiéndose á Joaquín. Nosotras (las religiosas) y el Hospicio todo, estamos orgullosos de tí.

—Quiera Dios, repuso el joven con voz entrecortada, que el cariño que ustedes me profesan no las ciegue hasta el punto de ver mérito donde no lo hay.

—¡Eso se llama modestia! exclamó don Teodomiro con tono de zumba; no es más que eso. Ni él mismo lo cree.

Berta, que estaba al lado de la superiora, miraba á Joaquín con admiración. Le consideró buen espacio al soslayo, examinándole los ojos y la frente, como si quisiese encontrar en aquella parte de su rostro, alguna refulgencia exterior, muestra y reflejo de la inspiración interna.

que en tan bellas composiciones se traducía. Después, le dijo lentamente y con profunda convicción:

—¡Qué talento tienes!

Aquel elogio eclipsó á los ojos de Joaquín todos los aplausos, aclamaciones y triunfos que acababa de gozar; todo eso se desvaneció en el ambiente como leve humo, para quedar sonando sola en el fondo de su corazón aquella sencilla frase, galardón precioso de sus multiplicados afanes: "¡qué talento tienes!" "Ella" había aprobado, sentido y admirado su obra; por primera vez desde que se conocían, se habían fijado en él con interés los ojos de ella; por vez primera había adquirido él ante la consideración de su amada una dignidad y una significación que lo convertían en un hombre nuevo. ¿Qué más quería?

El curso de aquellas reflexiones fué interrumpido por la llegada de Paulina, quien, á pesar de acudir tarde á la cita, no se conformó con quedarse en la última hilera de sillas, sino que, pidiendo permiso á éstos, molestando á aquéllos y deslizándose como anguila por entre personas y cosas, se fué colando hasta el circuito central próximo á la orquesta. Tras ella venía caminando difícilmente el bueno de don Arcadio, quien hacía torpes esfuerzos por imitar su ligereza y flexibilidad. Desde luego se cono-

cia que Paulina había intervenido en el arreglo de la indumentaria del vejete, pues mostraba éste mayor aseo que el usual en su persona, llevaba recortados pelo y barba, limpios el cuello, la pechera y los puños de la camisa, y vestía traje nuevo y no mal cortado; si bien no se echaba de ver su elegancia, porque la figura y continente de Contreras no se prestaban para despliegue alguno de gracias. Como quiera que fuese, había mejorado bastante de aspecto; pues parecía ya ayo de casa grande, caminando en pos de la señorita.

Se abrió paso Paulina, como íbamos diciendo, hasta el centro del concurso, y al llegar á aquel punto, en voz alta saludó á las religiosas, besó con estrépito á sus amigas y se colocó á manera de cuña entre Berta y la sor que la seguía, tomando para sí la mitad del asiento de cada una de ellas; en tanto que don Arcadio permanecía en pie á poca distancia, embobado y hechó una tarumba.

—Mira á tu marido, dijo Berta á Paulina, designándolo con la mirada, no sabe qué hacer.

—Que se coloque donde pueda, repuso Paulina alzando los hombros.

Mas luego agregó:

—Don Arcadio, ahí no está usted bien, porque quita la vista; busque otro lugar para colocarse.

Y le designaba con la mano el fondo de los corredores.

El pobre hombre se disponía á obedecer la indicación y á desandar lo andado, cuando sor Ignacia, dolida de su encogimiento, le ofreció un sitio no lejos de ella, obligando á sus subordinadas á entrar en incómodos arreglos y compresiones.

—¡Ay tú! siguió diciendo Paulina á Berta: ¡si vieras lo que acaba de pasar!

—¿Qué? repuso la interpelada.

—Que me encontré con las "ñatas," al cruzar por el paseo. Su cóchero pretendió dejarnos atrás, llevando á gran trote los caballos; pero el mío, que es más listo, no se dejó ganar la delantera. Mi tronco y el de ellas comenzaron á trotar, luego galoparon, y acabaron por correr furiosamente, como desbocados. Yo gritaba á Blas desde mi asiento que no se dejara ganar, sucediera lo que sucediera. Don Arcadio quería dar contraorden, temeroso de que se volcase el vehículo ó atropellásemos á algún transeunte, pero no le permití hablar, y á poco andar, acabamos por ganar la partida. En el instante en que nuestros coches iban próximos, comenzaron las "ñatas" á burlarse de mí y de don Arcadio, dándose al codo y prorrumpiendo en risotadas; pero cuando me cansé de sufrirlas, no hice más que volver el rostro hacia ellas, levantándome la punta de la nariz con este dedo (y mos-